

CAPITULO XL.

LA DOTE.

No solo discusiones sino batallas en forma tuvieron que sostener Margarita y su madre doña Tomasa para poder salir de la morada de los Mercado con objeto de establecerse en una casa pequeña situada no muy lejos de la que ocupaba el honrado y benéfico comerciante don Aniceto, hasta que consultado el general Cruz sobre el particular, falló el negocio diciendo:

—Es muy justo lo que pretenden esas señoras: dos jóvenes que van á casarse no pueden vivir bajo el mismo techo, y como ya he dicho, y lo que yo digo puede estimarse como juramento, que Margarita y Anselmo se han de casar, lo conveniente es separarlos y que solo se permita al mancebo ir á visitarla ca-

da tres ó cuatro dias. Para que se arregle el menaje de la nueva casa, pues no creo á doña Tomasa muy adinerada, el gobierno ayuda con quinientos pesos.

Y detras de Don Aniceto casi, llegó un cargador llevando los quinientos pesos.

Así, pues, ahora que tenemos tiempo de echar un vistazo sobre Guadalajara, nos encontraremos ya instaladas decentemente en su nueva casita á nuestras amigas y en el momento en que penetramos en ella, podremos ver en el estrado á don Aniceto y á Anselmo que nos han precedido solo diez minutos, el tiempo indispensable para que salieran las damas á recibirlos y para que se dirigieran las primeras palabras de saludo, del buen tiempo y demas de costumbre.

—He visto por la tercera vez á Cruz, dijo don Aniceto, y se muestra tan empeñado como al principio, en que se verifique este matrimonio. El mismo Anselmo, que me ha acompañado de propósito, le ha dicho que prescinde de esa felicidad por tal de que Margarita no sea violentada; pero el señor general Cruz sigue en sus trece.

Esto lo dijo don Aniceto en un tono tan quejumbroso que daba lástima.

—Pues bueno, contestó doña Tomasa, si el general Cruz está decidido, ¿nosotras qué podremos hacer contra la autoridad?

—Podremos mucho, dijo Margarita tranquila, pues el general, brusco como es, tiene un buen fondo y á fuerza se convencerá con las razones.

—Muchas le he dado por mi parte, hija mía, dijo don Aniceto.

—Pero no le gusta ser contrariado y es preciso manejar los asuntos con él de otra manera.

—Nosotros le hemos suplicado, le hemos hecho ver muchos inconvenientes y..... ¡nada!

—Cuando se llegue la vez yo le hablaré también y estoy plenamente segura de convencerlo.

—La vez se ha llegado ya, porque el general me dijo hoy que es fuerza que el matrimonio se verifique luego que se abran las velaciones.

—¿Y cuándo se abren las velaciones?

—En la pascua, esto es, dentro de unos quince días.

—Tenemos tiempo sobrado entonces, dijo con convicción Margarita, yo le hablaré y hablándole como debo hablarle, tengo esperanzas de ser escuchada.

—En fin, ¡ojalá y sea así! dijo don Aniceto entre gozoso y contrariado, pues si bien le halagaba que entrara Margarita en el seno de su familia por ser hermosa y protegida de las gentes poderosas, la quería entrañablemente y deseaba su felicidad á toda costa, cuya felicidad no encontraría probablemente sino en los brazos del hombre de quien estaba enamorada. Así es que echando una mirada oblicua sobre su pobre hijo, que estaba hecho tres dobleces en un rincón, dijo dirigiéndose á él:

—Pues si no tienes nada que hacer aquí, mi buen Anselmo, ya podemos ausentarnos.

—Solamente decir á Margarita, contestó el jóven

tartamudeando, que yo quisiera conocer algún medio para no ser la causa de sus mortificaciones.

—¿Tú, Anselmo? le dijo Margarita corriendo á él para darle palmaditas sobre el hombro, bastante sabes que te quiero como á un hermano y que en nada me mortificas.

—Por lo que quiere el general Cruz..... yo podría irme lejos de Guadalajara..... tal vez á México al lado del Sr. Calleja.

—No, hombre, no pienses en los recursos estrechos que solo se dejan para lo último; en ese caso mi madre y yo seríamos las que tendríamos que ponernos fuera de la jurisdicción del Sr. Cruz. Pero no espero que llegue el caso de que ni yo ni tú tengamos que ausentarnos. Esto se arreglará.

Don Aniceto movió la cabeza.

—Digo que se arreglará. Yo también soy testurada como Cruz, el cual no me conoce, ni siquiera se figura con quien tiene que habérselas.

Fuera porque Margarita estaba al lado de su madre, fuera porque se le había formado un carácter fuertemente enérgico con los infortunios, se sentía no solo capaz de poder luchar con el general Cruz, sino con el mundo entero, tratándose del punto de cumplir sus juramentos de amor, hechos al jóven guerrillero Rafael Fuentes, de quien á cada hora que transcurría se sentía mas apasionada.

Margarita agregó jovialmente tomando una mano de Anselmo:

—En cuanto á tí, mi querido Anselmo, yo te bus-

caré una novia bonita y rica como la mereces para que te haga feliz, ¿me comprendes?

—¡Oh! yo me haré religioso luego que tú te cases, dijo el pobre mozo suspirando.

El padre se volvió á mirarlo con lástima.

—Déjelo usted á mi cargo, mi querido señor don Aniceto, agregó Margarita viendo con cariño al joven, yo me encargaré de conformarlo. Ahora de quien hemos de defendernos todos es de Cruz y para eso sí es conveniente que yo les diga, cuando llegue la vez, en lo que tienen que ayudarme.

Don Aniceto cogió su sombrero.

—¿No cenán ahora con nosotras? les preguntó doña Tomasa.

—Nos está esperando Catarina, contestó don Aniceto, será mañana ú otro día.

—Queda convenido que se vienen mañana, agregó Margarita, por lo menos si no vienen, yo voy por Anselmo.

—Mañana venimos, contestó este todo avergonzado.

Y padre é hijo salieron de allí, si no tan contentos como quisieran, al menos cada vez mas convencidos cada uno por su lado, de que Margarita era un ángel á propósito para el hogar.

—¡Oh! qué buena hija nos traeria Dios! murmuraba don Aniceto.

—¡Oh! qué esposa tan excelente se vendria conmigo! pensaba Anselmo.

En la noche de ese mismo día, un poco despues

de que habian dado las oraciones en todos los campanarios, sonaron tres golpes en la puerta de la casa de Margarita.

—¿Has oído? le preguntó su madre que se ocupaba en colocar una servilleta en la pequeña mesa en donde iban á tomar la colacion.

—Sí, parece que han llamado.

—¿Quién podrá ser á estas horas?

—No es tarde todavia: hace poco dieron la oracion de la noche.

—Sin embargo, no atino quién pueda ser á estas horas.

—Tal vez el criado de la casa de los Mercado que nos trae alguna cosa.

Volvieron á sonar tres golpes.

—Acompañame, hija, vamos á ver quien toca.

—Vamos.

Y ya en el zaguan preguntó doña Tomasa:

—¿Quién es?

—Yo, contestó una voz varonil.

—¿Conoces esa voz?

—Creo reconocerla, contestó Margarita temblando, pero es imposible.

—¿Cómo se llama usted? preguntó doña Tomasa.

—Por favor, abran ustedes, contestó el de afuera, no puedo decir mi nombre.....

Margarita, creyendo ya no equivocarse, se precipitó á la puerta y la abrió, dando paso á un hombre que traia un bulto consigo que parecia muy pesado.

Colocó el bulto en el suelo con cuidado y él mismo cerró la puerta, dando tiempo á que Margarita acabando de reconocerle á la luz de la bujía que tenía Tomasa en la mano, exclamara:

—¡Es Rafael!

—¿Rafael? preguntó doña Tomasa.

—Sí, soy el mismo que vengo á llenar un santo deber, exclamó el jóven quitándose el sombrero con respeto y sin atreverse á tender los brazos á Margarita como deseaba.

—Entremos en todo caso á la sala, dijo doña Tomasa que había recobrado su tranquilidad, después de pasado el natural aturdimiento que le causara la presencia inesperada del jóven, que sin duda estaba por su parte corriendo algun peligro.

Rafael volvió á cargar el pesado bulto y entró con él á la sala detras de las dos damas que habían pasado por delante.

Margarita, por una precaucion bien entendida, corrió á cerrar la ventana que daba para la calle y volviendo á donde se encontraba su madre frente á frente del jóven, le dijo:

—Es Rafael Fuentes, de quien tanto te he hablado.

—Así lo he comprendido inmediatamente.

—Es mi madre, mi buena y querida madre, Rafael.

—He sabido que vivías ya reunida con ella, por los criados de la casa de don Aniceto, en donde estuve antes á informarme. No puedes comprender el pla-

cer que me produjo la noticia..... Señora, exclamó Rafael dirigiéndose á doña Tomasa, si Margarita, como acaba de decir, le ha hablado á usted de mi varias veces, ya comprenderá cuál puede ser hácia usted mi cariño y mi respeto.

—Dejemos todo esto y vamos á lo que nos importa, interrumpió doña Tomasa, ¿quiere usted comer alguna cosa? ¿viene usted oculto? ¿corre algun peligro? ¿qué anda usted haciendo? En fin, deseo que sin cumplimientos nos diga lo que mas interesa en este momento.

—Lo principal es que reciban y guarden ustedes esto, que despues Dios dirá. Por de pronto no les ocultaré que mucho me temo que en el meson en donde me detuve hayan dado aviso de haberse apeado allí una persona sospechosa.

—Entonces vámonos despachando pronto, respondió doña Tomasa y acercándose al bulto preguntó: ¿qué es esto?

—Es la herencia de Margarita.

—¿Cómo!

—Acaso no ha dicho á usted que el cura Hidalgo escribió en su favor un testamento de que fui yo portador?

—Sí, algo me dijo Margarita de un dinero que le habia dejado escondido en algun rincon del pueblo de Dolores.

—En el mismo curato, señora, á donde he ido á sacarlo.

—¿Usted?

—Yo mismo.

—¡Jesus! exclamó Margarita, tal vez exponiendo tu vida has hecho eso.

—¡Oh! algun trabajo me ha costado; pero tenía el deber de hacerlo y Dios ha premiado mis esfuerzos, supuesto que lo he traído hasta poder entregarlo á su dueño.

—Los dos somos los dueños, Rafael.

Rafael sin atender á esto siguió diciendo:

—La mayor parte se compone de piezas de oro de diversos valores, viniendo poca plata, pues si hubiera sido esta sola como me temia, me hubiera sido imposible traerla.

—Y crees que tendrás tiempo de contarnos cómo has hecho todo eso?

—Sí tendré tiempo, porque ya no volveré al meson y he dicho á mi criado á dónde debe esperarme antes del toque de la queda.

Entonces doña Tomasa le acercó una silla, hizo que se sentara y luego le dijo:

—Yo tambien estoy ansiosa por oir ese relato.

—Como ustedes habrán oído decir, comenzó diciendo Rafael, casi todo el pais, menos la Nueva Galicia, se encuentra ó se ha encontrado, si no lo está ahora todavia, en la más completa insurreccion, aunque con la desventaja para los insurgentes de que tienen y han tenido que estar peleando con las fuerzas regularizadas del gobierno, mejor dirigidas y más bien armadas que las nuestras: así es que casi no se

pasa día sin que no se libre un combate en que tambien casi siempre son destrozadas las partidas de los independientes, que obran en su mayor parte sin plan, sin concierto y sin obedecer á un gefe determinado. Por mi parte y en mi pequeña esfera, recordando lo que tuvo que sufrir el heroico cura Hidalgo cuando mandaba chusmas indisciplinadas, he procurado introducir algun orden en las mias y que los gefes de quienes he dependido impidieran los robos y demas perjuicios que trae una guerra desordenada; pero á pesar mio he sido arrastrado muchas veces por el torbellino, encontrándome unas veces en un punto y otras en lugares muy lejanos, aunque procurando siempre volver lo mas aproximado posible al pueblo de Dolores en donde tenia una mision que cumplir. Así fué como habiendo salido de Zitácuaro custodiando á la Junta de Gobierno, anduve algun tiempo con ella llegando á conquistar una confianza tal en las personas que la componen, que ya por nada querian que me separara de ellos, lo cual venia en cierto modo á contrariar mis proyectos. Por eso fué que haciendo el sacrificio de mis mayores deseos, estuiera mucho tiempo desviado de mi objeto, cumpliendo con un deber patriótico de dar la proteccion de mi brazo á la Junta Soberana, por la cual varias veces estuve á punto de perder la vida.....

—¿Y no hay medio de separarse ya de esa carrera que no trae mas que peligros y sinsabores? preguntó doña Tomasa.

—Margarita puede decir á usted mejor que yo que

eso es imposible. Con su permiso voy á proseguir mi relación. Despues de uno de los combates más reñidos cerca de Salamanca, en que los miembros de la Junta se vieron en el mayor aprieto en que hasta ahora se han visto, logrando salvarlos despues de haber perdido toda mi gente, quedaron agriamente desazonados unos con otros echándose la culpa del fracaso, y convinieron en que debíamos irnos por distinto lado para evitar la persecucion que se nos hacia muy de cerca, quedando cada cual en libertad para seguir un rumbo y para reunirnos mas tarde en donde lo permitieran las circunstancias. Por mi parte ofrecí al Dr. Cos, que es el más ilustrado y acaso el mas animoso de todos, que me le incorporaria cuando reuniera alguna gente y despues que terminara un negocio que tenia pendiente, tomando con dos hombres que me quedaban el camino del pueblo de Dolores.

—¿Y con dos hombres nada mas, preguntó ansiosa Margarita, hiciste todo lo que has hecho?

—No: hubiera sido imposible, porque el pueblo estaba ocupado por una fuerza realista; pero con el prestigio que he logrado alcanzar entre los insurgentes, conseguí que me obedecieran algunas guerrillas, y ya con unos cuatrocientos hombres, llegué de sorpresa á Dolores, hice prisionera á su corta guarnicion, ocupé el curato y en la misma noche, con las señas nada equívocas que escribió el cura, encontré el tesoro, lo saqué y desde ese momento comenzaron mis mayores aficciones para custodiarlo y defenderlo de los que pudieran sospechar lo que ese precioso bulto contenia.....

—Entonces..... ¿qué hiciste?

—Dí órdenes á los gefes de guerrillas para que se fueran por tales y cuales puntos por donde no volviera á encontrarlas y yo tomando solamente cuatro hombres que consideré de mayor confianza fuera de los dos que ya me acompañaban, hice una de las más penosas travesias que he hecho en mi vida, evitando ser visto en los pueblos y rancherías, durmiendo solo á ratos entre los montes y exponiéndome á cada paso á que los mismos míos me asesinaran, pues al fin tuve que hacerles partícipes del secreto ofreciéndoles una buena recompensa. Todavía hoy, al encontrarme ya en Guadalajara, para llegar á un feliz término he tenido que pasar por mil dificultades que ya creo innecesario referir, puesto que el dinero ha llegado á poder de las personas á quienes estaba destinado.

—¿Lo ves, madre mia? exclamó Margarita sollozando y dando á la vez rienda suelta á sus lágrimas que hasta entonces habia contenido, ¿será posible no amar á Rafael con toda mi alma?

En ese momento resonaron fuertes golpes á la puerta y á la ventana.

—¿Quién es? preguntó doña Tomasa.

—Pase al general Cruz, contestó una voz.

—He sido delatado tal vez, murmuró Rafael; pero no hay que alarmarse ni que manifestar temor. Abramos la puerta de par en par y estaré salvo si logro salir y llegar á donde están mis caballos aquí muy cerca.

Y encaminándose á la puerta, él mismo abrió y pasó

sereno por entre las gentes de Cruz, que sorprendidas no se atrevieron á detenerlo.

—¿Quién es ese? preguntó Cruz con voz de trueno.

Rafael había llegado á la esquina, había montado á caballo y seguido de sus asistentes había pasado como un relámpago por delante de la misma puerta.

—Ese es Rafael el insurgente, contestó Margarita apoderándose de una mano de Cruz, y para quien pido favor á su excelencia.

—Qué favor si ya se ha escapado, contestó Cruz con aspereza. Lo que es ahora volvámonos á palacio, señores, dijo á los suyos, porque hemos errado el golpe.

CAPITULO XLI.

SOBRE LA BRECHA.

A la vez que Morelos se estaba presentando frente á la plaza fuerte de Acapulco con un reducido número de tropas, las que pudieran considerarse útiles para dar un asalto, Matamoros situado primeramente en Yanhuítlan en expectativa de los acontecimientos, pues que á ultimas fechas no sabia si tenia que combatir primero con las fuerzas de Haro mandadas de Puebla ó con las del gefe español Dambrini que veniam marchando muy lentamente desde Guatemala, se decidió que fuera á encontrar á este último que ya habia comenzado á hacer sus fechorias ejecutando á veinticinco infelices indios en el pueblo de Niltepec, los cuales no habian cometido de pronto otro delito que ser indios por sus cuatro costados.

Matamoros, pues, salió de Oaxaca con su division